Adoro Leer

La Sirenita

la historia original

Hans Christian Andersen

Título original: *Den lille havfrue*

Autor: Hans Christian Andersen

Publicado en 1837

© de esta traducción: Verena K. Biermeyer

© del arte de la portada: Stefan Keller

© de la portada: Adoro Leer

© de esta edición: Adoro Leer

Nota de la traductora:

El cuento original de La Sirenita no pertenece a los Hermanos Grimm, sino al danés Hans Christian Andersen.

Mientras buscaba la versión original en castellano, me di cuenta que las que encontraba me parecían incompletas en comparación a la versión de la historia que había leído en inglés.

Al ir hacia la página de Proyecto Gutenberg, pude descargar y leer La Sirenita en inglés y darme cuenta que no había fácil acceso a una traducción completa de esta maravillosa historia.

En otras páginas de internet se encuentra el resumen de la historia, señalando y resaltando los aspectos más trágicos, o la historia recortada, en donde el lector pierde la oportunidad de deleitarse con las sublimes descripciones que nos ofrece Hans Christian Andersen con su relato, el cual, aunque es trágico, tiene un final que ilumina por su esperanza y nos enseña que no todo está perdido, a pesar de que no siempre consigues lo que deseas en esta vida, por más que te hayas sacrificado.

Creo que la historia original de La Sirenita es más de lo que parece. Al igual que Ariel en la versión Disney, la sirena lo da todo por un apuesto príncipe; pero ella no solo quiere al príncipe, quiere un alma. Y en la historia, tener un alma es sinónimo de convertirse en un ser humano completo y feliz. Disfruté mucho de traducir este cuento y compartir con ustedes una narración repleta de escenarios estupendos, personajes fascinantes, lecciones difíciles y recompensas inesperadas.

¡Gracias por leer!

Verena K. Biermeyer

La Sirenita

Lejos, muy lejos en el océano, donde el agua es tan azul como el aciano más bonito y tan claro como el cristal, es muy, muy profundo; tan profundo, de hecho, que ningún cable podría sonar, y muchos campanarios de iglesias, amontonados unos sobre otros, no llegarían desde el suelo hasta la superficie del agua. Allí moran el

Rey del Mar y sus súbditos.

No debemos imaginar que en el fondo del mar no hay nada más que arena amarilla desnuda. No, de hecho, porque en esta arena crecen las flores y plantas más extrañas, cuyas hojas y tallos son tan flexibles que la menor agitación del agua los hace moverse como si tuvieran vida. Los peces, tanto grandes como pequeños, se deslizan entre las ramas mientras los pájaros vuelan entre los árboles aquí en tierra.

En el lugar más profundo de todos se encuentra el castillo del Rey del Mar. Sus paredes están construidas

con coral y las largas ventanas góticas son del ámbar más claro. El techo está formado por conchas que se abren y cierran a medida que el agua fluye sobre ellas. Su apariencia es muy hermosa, porque en cada uno yace una perla brillante que sería adecuada para la diadema de una reina.

El Rey del Mar había enviudado durante muchos años, y su anciana madre se encargaba de mantener su hogar para él. Era una mujer muy sensata, pero sumamente orgullosa de su alta cuna, y por eso llevaba doce ostras en la cola, mientras que a otras de alto rango solo se les permitía llevar seis.

Sin embargo, merecía grandes elogios, especialmente por su cuidado de las princesitas del mar, sus seis nietas. Eran hermosas niñas, pero la menor era la más linda de todas. Su piel era tan clara y delicada como el pétalo de una rosa, y sus ojos tan azules como el mar más profundo; pero, como todos los demás, no tenía pies y su cuerpo terminaba en cola de pez. Durante todo el día jugaban en los grandes salones del castillo o entre las flores vivas que crecían en los muros. Los grandes ventanales de color ámbar estaban abiertos, y los peces entraban nadando, así como las golondrinas vuelan hacia

nuestras casas cuando abrimos las ventanas; solo que los peces nadaban hacia las princesas, comían de sus manos y se dejaban acariciar.

Fuera del castillo había un hermoso jardín, en el que crecían flores de color rojo brillante y azul oscuro, y capullos como llamas de fuego; el fruto relucía como el oro, y las hojas y los tallos oscilaban de un lado a otro continuamente. La tierra misma era la arena más fina, pero azul como la llama del azufre ardiente. Sobre todo yacía un peculiar resplandor azul, como si el cielo azul estuviera en todas partes, arriba y abajo, en lugar de

las oscuras profundidades del mar. Cuando hace buen tiempo, se puede ver el sol, que parece una flor de color púrpura rojiza con luz que brota del cáliz.

Cada una de las jóvenes princesas tenía una pequeña parcela de tierra en el jardín, donde podía cavar y plantar lo que quisiera. Una arregló su macizo de flores en forma de ballena; otra prefirió hacer el suyo como la figura de una sirenita; mientras que la más pequeña hizo la suya redonda, como el sol, y en ella crecieron flores tan rojas como sus rayos al atardecer.

Era una niña extraña, tranquila y pensativa. Mientras sus hermanas se deleitaban con las cosas maravillosas que obtenían de los naufragios de los barcos, a ella solo le importaban sus hermosas flores, rojas como el sol, y una hermosa estatua de mármol. Era la representación de un apuesto muchacho, tallado en piedra blanca pura, que había caído al fondo del mar de un naufragio.

Ella plantó junto a la estatua un sauce llorón de color rosa. Creció rápidamente y pronto colgó sus ramas frescas sobre la estatua, casi hasta las arenas azules. Las sombras tenían el color del violeta

y se agitaban como las ramas, de modo que parecía como si la copa del árbol y la raíz estuvieran jugando, tratando de besarse.

Nada le producía tanto placer como oír hablar del mundo sobre el mar. Hizo que su anciana abuela le contara todo lo que sabía de los barcos y de los pueblos, de la gente y de los animales. A ella le pareció de lo más maravilloso y hermoso oír que las flores de la tierra tenían fragancia, mientras que las que estaban debajo del mar no tenían; que los árboles del bosque eran verdes; y que los peces entre los árboles podían cantar tan dulcemente que era un placer

escucharlos. Su abuela llamaba a los pájaros peces, o la Sirenita no habría entendido lo que significaba, porque nunca había visto pájaros.

"Cuando hayas cumplido los quince años", dijo la abuela, "tendrás permiso para salir del mar y sentarte en las rocas a la luz de la luna, mientras los grandes barcos pasan navegando. Entonces verás bosques y pueblos".

Al año siguiente, una de las hermanas tendría quince años, pero como cada una era un año menor que la otra, la menor tendría que esperar cinco años

antes de que le llegara el turno de salir del fondo del océano para ver la tierra así como nosotros. Sin embargo, cada una prometió contar a las demás lo que vio en su primera visita y lo que le pareció más hermoso. Su abuela no podía contarles lo suficiente: había tantas cosas sobre las que querían saber.

Ninguna de ellas anhelaba tanto que llegara su turno como la más joven, ella que tenía más tiempo para esperar y que era tan tranquila y pensativa. Muchas noches se detenía junto a la ventana abierta, mirando hacia arriba a través del agua azul oscuro y observaba a los peces mientras

chapoteaban con sus aletas y colas. Podía ver la luna y las estrellas brillando débilmente, pero a través del agua parecían más grandes que a nuestros ojos. Cuando algo como una nube negra pasó entre ella y ellos, supo que era una ballena nadando sobre su cabeza, o un barco lleno de seres humanos que nunca imaginaron que una linda Sirenita estaba debajo de ellos, extendiendo sus manos blancas. hacia la quilla de su barco.

Finalmente, la mayor cumplió quince años y se le permitió subir a la superficie del océano.

Cuando volvió tenía cientos de

cosas de qué hablar. Pero lo mejor, dijo, era acostarse en un banco de arena en el mar tranquilo iluminado por la luna, cerca de la orilla, contemplar las luces del pueblo cercano, que titilaba como cientos de estrellas, y escuchar los sonidos de la música, el ruido de los carruajes, las voces de los seres humanos y el alegre repique de las campanas en los campanarios de las iglesias. Como no podía acercarse a todas estas cosas maravillosas, las añoraba aún más.

¡Oh, con cuánto entusiasmo escuchaba la hermana menor todas estas descripciones! Y después, cuando estaba de pie junto a la

ventana abierta mirando hacia arriba a través del agua azul oscuro, pensó en la gran ciudad, con todo su bullicio y ruido, e incluso imaginó que podía oír el sonido de las campanas de la iglesia en el fondo. las profundidades del mar.

Al año siguiente, la segunda hermana recibió permiso para subir a la superficie del agua y nadar por donde quisiera. Se levantó justo cuando el sol se estaba poniendo, y esto, dijo, era la vista más hermosa de todas. Todo el cielo parecía dorado, y nubes violetas y rosadas, que no podía describir, flotaban sobre él. Y más

veloz que las nubes, una gran bandada de cisnes salvajes voló hacia el sol poniente, como un largo velo blanco sobre el mar. Ella también nadó hacia el sol, pero se hundió en las olas y los tintes rosados se desvanecieron de las nubes y del mar.

Siguió el turno de la tercera hermana, y ella fue la más audaz de todas, porque nadó río arriba por un ancho cauce que desembocaba en el mar. En las orillas vio verdes colinas cubiertas de hermosas enredaderas, y palacios y castillos asomaban entre los orgullosos árboles del bosque. Oía el canto de los pájaros y sentía

los rayos del sol con tanta fuerza que a menudo se veía obligada a sumergirse bajo el agua para refrescarse el rostro quemado. En un arroyo angosto encontró un gran grupo de pequeños niños humanos, casi desnudos, jugando en el agua. Quería jugar con ellos, pero huyeron asustados; y entonces un animalito negro —era un perro, pero ella no lo sabía, porque nunca antes había visto uno— llegó al agua y le ladró tan furiosamente que ella se asustó y huyó hacia el mar. Pero dijo que nunca debía olvidar el hermoso bosque, las verdes colinas y los lindos niños que podían nadar en el agua aunque no tenían cola.

La cuarta hermana era más tímida. Permaneció en medio del mar, pero dijo que allí era tan hermoso como más cerca de la tierra. Podía ver muchos kilómetros a su alrededor, y el cielo de arriba parecía una campana de cristal. Había visto los barcos, pero a una distancia tan grande que parecían gaviotas. Los delfines jugueteaban con las olas, y las grandes ballenas echaban agua a borbotones por el aventador hasta que parecía como si cien fuentes estuvieran jugando en todas direcciones.

El cumpleaños de la quinta hermana ocurrió en invierno, así

que cuando le llegó el turno vio lo que los demás no habían visto la primera vez que subieron. El mar se veía bastante verde y grandes bolas de hielo flotaban, cada uno como una perla, dijo, pero más grandes y más altos que las iglesias construidas por los hombres. Eran de las formas más singulares y brillaban como diamantes. Se había sentado en uno de los más grandes y había dejado que el viento jugara con su larga cabellera. Se dio cuenta de que todos los barcos pasaban muy rápido, navegando lo más lejos posible, como si tuvieran miedo de las montañas de hielo. Hacia la tarde, mientras el sol se ponía,

nubes oscuras cubrían el cielo, el trueno retumbó y los destellos de los relámpagos brillaron en rojo sobre los *icebergs* mientras eran sacudidos por el mar embravecido. En todos los barcos las velas estaban rizadas por el miedo y el temblor, mientras ella se sentaba en el *iceberg* flotante, contemplando tranquilamente los relámpagos que lanzaban sus destellos bifurcados hacia el mar.

Cada una de las hermanas, cuando tuvo permiso para subir a la superficie por primera vez, estaba encantada con las nuevas y hermosas vistas. Ahora que eran mayores y podían ir cuando

quisieran, se habían vuelto bastante indiferentes al respecto. Pronto desearon volver, y después de un mes dijeron que era mucho más hermoso abajo y más agradable estar en casa.

Sin embargo, a menudo, en las horas de la tarde, las cinco hermanas se abrazaban y salían juntas a la superficie. Sus voces eran más encantadoras que las de cualquier ser humano, y ante la proximidad de una tormenta, cuando temían que un barco pudiera perderse, nadaban delante del navío, cantando canciones encantadoras de las delicias que se encuentran en las profundidades

del mar y suplicando a los navegantes que no temieran si se hundían hasta el fondo. Pero los marineros no pudieron entender el canto y pensaron que era el suspiro de la tormenta. Estas cosas nunca fueron hermosas para ellos, porque si el barco se hundía, los hombres se ahogaban y solo sus cadáveres llegaban al palacio del Rey del Mar.

Cuando las hermanas se elevaban, cogidas del brazo, a través del agua, su hermana menor se quedaba completamente sola, cuidándolas, lista para llorar; solo que, como las sirenas no tienen lágrimas, sufría más agudamente.

"¡Oh, si yo tuviera quince años!" dijo ella. "Sé que amaré el mundo allá arriba, y todas las personas que viven en él".

Por fin cumplió quince años.

"Bueno, ahora ya eres mayor", dijo su abuela, la anciana viuda con título de nobleza. "Ven, y déjame adornarte como tus hermanas". Y puso en su cabello una corona de lirios blancos, de los cuales cada hoja de flor era media perla. Entonces la anciana ordenó que ocho grandes ostras se adhirieran a la cola de la princesa para mostrar su alto rango.

"Pero me duelen tanto", dijo la Sirenita.

-Sí, lo sé; el orgullo debe sufrir dolor -replicó la anciana.

¡Oh, con cuánto gusto se habría desprendido de toda esta grandeza y dejado a un lado la pesada corona! Las flores rojas de su propio jardín le habrían sentado mucho mejor. Pero no podía cambiarlas, así que se despidió y se elevó tan ligera como una burbuja a la superficie del agua.

El sol acababa de ponerse cuando ella levantó la cabeza por encima de las olas. Las nubes estaban

teñidas de carmesí y oro, y a través del crepúsculo resplandeciente brillaba la estrella vespertina en toda su belleza. El mar estaba en calma y el aire templado y fresco. Un gran barco de tres mástiles yacía encallado en el agua; sólo se izó una vela, porque no se movía ni una brisa, y los marineros se sentaban ociosos en la cubierta o en medio del aparejo. Había música y canciones a bordo, y cuando llegó la oscuridad, se encendieron cien faroles de colores, como si las banderas de todas las naciones ondearan en el aire.

La Sirenita nadaba cerca de las

ventanas de la cabaña y, de vez en cuando, cuando las olas la levantaban, podía mirar a través de los cristales de las ventanas y ver a una serie de personas alegremente vestidas.

Entre ellos, y el más hermoso de todos, se encontraba un joven príncipe de grandes ojos negros. Tenía dieciséis años y su cumpleaños se celebraba con gran ostentación. Los marineros bailaban en cubierta, y cuando el príncipe salió de la cabina, más de cien cohetes se elevaron en el aire, haciéndolo tan brillante como el día. La Sirenita estaba tan asustada que se sumergió bajo el agua, y

cuando volvió a estirar la cabeza, parecía que todas las estrellas del cielo caían a su alrededor.

Nunca antes había visto tales fuegos artificiales. Grandes soles escupían fuego, espléndidas luciérnagas volaban por el aire azul, y todo se reflejaba en el mar claro y tranquilo debajo. El barco en sí estaba tan brillantemente iluminado que todas las personas, e incluso la cuerda más pequeña, podían verse claramente. ¡Qué hermoso se veía el joven príncipe, mientras apretaba las manos de todos sus invitados y les sonreía, mientras la música resonaba en el aire claro de la noche!

Era muy tarde, pero la Sirenita no podía apartar los ojos del barco ni del hermoso príncipe. Las linternas de colores se habían apagado, no se elevaban más cohetes en el aire y el cañón había dejado de disparar; pero el mar se inquietó, y un gemido y un gruñido se oyó debajo de las olas. Aún así, la Sirenita permaneció junto a la ventana de la cabina, meciéndose arriba y abajo en el agua, para poder mirar dentro. Después de un rato, las velas se izaron rápidamente y el barco siguió su camino. Pero pronto las olas se hicieron más altas, pesadas nubes oscurecieron el cielo y aparecieron

relámpagos en la distancia. Se acercaba una terrible tormenta. Una vez más se plegaron las velas y el gran barco siguió su curso de vuelo sobre el mar embravecido. Las olas se elevaban como montañas, como si fueran a sobrepasar el mástil, pero el barco se zambullía como un cisne entre ellas, y luego volvía a elevarse sobre sus altas y espumosas crestas. Para la Sirenita esto era un deporte placentero; pero no así a los marineros. Finalmente, el barco gimió y crujió; los gruesos tablones cedieron bajo el azote del mar, cuando las olas rompieron sobre la cubierta; el palo mayor se partió en dos como un junco, y cuando el

barco se inclinó sobre su costado, el agua se precipitó.

La Sirenita percibió ahora que la tripulación estaba en peligro; incluso ella se vio obligada a tener cuidado, para evitar las vigas y los tablones de los restos del naufragio que yacían esparcidos sobre el agua. En un momento estaba tan oscuro que no podía ver un solo objeto, pero cuando llegó un relámpago, reveló toda la escena; podía ver a todos los que habían estado a bordo excepto al príncipe. Cuando el barco partió, ella lo había visto hundirse en las profundas olas, y se alegró, porque pensó que ahora estaría con ella.

Entonces recordó que los seres humanos no podían vivir en el agua, de modo que cuando él llegara al palacio de su padre seguramente estaría completamente muerto.

¡No, no debe morir! Así que nadó entre las vigas y tablones que cubrían la superficie del mar, olvidando que podían aplastarla. Sumergiéndose en las profundidades de las aguas oscuras, subiendo y bajando con las olas, finalmente logró alcanzar al joven príncipe, que estaba perdiendo rápidamente la capacidad de nadar en ese mar tormentoso. Le fallaban las

extremidades, sus hermosos ojos estaban cerrados y habría muerto si la Sirenita no hubiera acudido en su ayuda. Ella sostuvo su cabeza sobre el agua y dejó que las olas los llevaran a donde quisieran.

Por la mañana había cesado la tormenta, pero del barco no se veía ni un solo fragmento. El sol salió rojo y brillante del agua, y sus rayos devolvieron el tono de salud a las mejillas del príncipe, pero sus ojos permanecieron cerrados. La Sirenita besó su frente alta y suave y le acarició el pelo mojado. Le parecía la estatua de mármol de su pequeño jardín, así que lo besó de nuevo y deseó que viviera.

Enseguida avistaron tierra, y ella vio elevadas montañas azules sobre las que descansaba la blanca nieve como si una bandada de cisnes estuviera recostada sobre ellas. Hermosos bosques verdes estaban cerca de la orilla, y cerca se levantaba un gran edificio, si una iglesia o un convento no podía decirlo. En el jardín crecían naranjos y cidros, y ante la puerta se alzaban altas palmeras. El mar aquí formaba una pequeña bahía, en la que el agua yacía tranquila y quieta, pero muy profunda. Nadó con el apuesto príncipe hasta la playa, que estaba cubierta de fina arena blanca, y allí lo acostó bajo el

cálido sol, teniendo cuidado de levantar la cabeza por encima del cuerpo. Luego sonaron las campanas en el gran edificio blanco, y algunas jóvenes entraron al jardín. La Sirenita se alejó nadando de la orilla y se escondió entre unas rocas altas que sobresalían del agua. Cubriéndose la cabeza y el cuello con la espuma del mar, miró allí para ver qué sería del pobre príncipe.

No pasó mucho tiempo antes de que viera a una joven acercarse al lugar donde yacía el príncipe. Parecía asustada al principio, pero solo por un momento; luego trajo a varias personas, y la Sirenita vio

que el príncipe volvía a la vida y sonreía a quienes estaban a su alrededor. Pero a ella no le envió ninguna sonrisa; no sabía que ella lo había salvado. Esto la entristeció mucho, y cuando lo condujeron al gran edificio, ella se zambulló en el agua y regresó al castillo de su padre.

Siempre había sido silenciosa y pensativa, y ahora lo era más que nunca. Sus hermanas le preguntaron qué había visto durante su primera visita a la superficie del agua, pero ella no pudo decirles nada. Muchas tardes y mañanas se levantó al lugar donde había dejado al príncipe. Vio

madurar los frutos del jardín y los vio recoger; vio cómo se derretía la nieve de las cimas de las montañas; pero nunca vio al príncipe, y por eso siempre volvía a casa más triste que antes.

Su único consuelo era sentarse en su pequeño jardín y rodear con el brazo la hermosa estatua de mármol, que era como el príncipe. Dejó de cuidar sus flores, y crecieron en salvaje confusión sobre los senderos, entrelazando sus largas hojas y tallos alrededor de las ramas de los árboles, de modo que todo el lugar se volvió oscuro y lúgubre.

Al final no pudo soportarlo más y le contó todo a una de sus hermanas. Entonces las demás escucharon el secreto, y muy pronto se dio a conocer a varias sirenas, una de las cuales tenía un amigo íntimo que casualmente sabía sobre el príncipe. Ella también había visto el festival a bordo del barco, y les dijo de dónde venía el príncipe y dónde estaba su palacio.

"Ven, hermanita", dijeron las otras princesas. Luego entrelazaron sus brazos y subieron juntas a la superficie del agua, cerca del lugar donde sabían que se encontraba el palacio del príncipe. Estaba

construido con piedras relucientes de color amarillo brillante y tenía largos tramos de escalones de mármol, uno de los cuales llegaba hasta el mar. Espléndidas cúpulas doradas se elevaban sobre el techo, y entre los pilares que rodeaban todo el palacio se alzaban estatuas de mármol que parecían reales. A través del cristal traslucido de las altas ventanas se veían las habitaciones nobles, con costosas cortinas de seda y tapices y paredes cubiertas de hermosos cuadros. En el centro del salón más grande, una fuente lanzaba sus chorros centelleantes hacia lo alto de la cúpula de cristal del techo, a través de la cual el sol brillaba sobre el

agua y sobre las hermosas plantas que crecían en el estanque de la fuente.

Ahora que la Sirenita sabía dónde vivía el príncipe, pasó muchas tardes y muchas noches en el agua cerca del palacio. Nadaría mucho más cerca de la orilla de lo que cualquiera de las otras se había aventurado, y una vez subió por el estrecho canal bajo el balcón de mármol, que arrojaba una amplia sombra sobre el agua. Allí se sentó y observó al joven príncipe, que se creía solo a la brillante luz de la luna.

A menudo lo veía por las tardes,

navegando en un hermoso barco en el que sonaba música y ondeaban banderas. Ella se asomó entre los juncos verdes, y si el viento atrapó su largo velo blanco plateado, quienes lo vieron creyeron que era un cisne que desplegaba sus alas.

Muchas noches, también, cuando los pescadores echaban sus redes a la luz de sus antorchas, les oía contar muchas cosas buenas sobre el joven príncipe. Y esto la alegró de haberle salvado la vida cuando fue arrojado moribundo sobre las olas. Recordaba cómo había reposado la cabeza de él en su pecho y con qué entusiasmo lo

había besado, pero él no sabía nada de todo esto y ni siquiera podía soñar con ella.

Le gustaban cada vez más los seres humanos y deseaba cada vez más poder deambular con aquellos cuyo mundo parecía ser mucho más grande que el suyo. Podían volar sobre el mar en barcos y subir a las altas colinas que estaban muy por encima de las nubes; y las tierras que poseían, sus bosques y sus campos, se extendían más allá del alcance de su vista. ¡Había tantas cosas que deseaba saber! pero sus hermanas no pudieron responder a todas sus preguntas. Luego fue con su anciana abuela, que sabía todo

sobre el mundo superior, al que con razón llamó "las tierras sobre el mar".

"Si los seres humanos no se ahogan", preguntó la Sirenita, "¿pueden vivir para siempre? ¿Nunca mueren, como nosotros aquí en el mar?"

"Sí", respondió la anciana, "ellos también deben morir, y su período de vida es aún más corto que el nuestro. A veces vivimos trescientos años, pero cuando dejamos de existir aquí, nos convertimos en espuma sobre la superficie del agua y no tenemos ni siquiera una tumba entre aquellos

a quienes amamos. No tenemos almas inmortales, nunca volveremos a vivir; como las algas verdes una vez cortadas, nunca volveremos a florecer. Los seres humanos, por el contrario, tienen almas que viven para siempre, incluso después de que su cuerpo se haya convertido en polvo. Se elevan a través del aire claro y puro, más allá de las estrellas resplandecientes. Como salimos del agua y contemplamos toda la tierra, así se elevan a regiones desconocidas y gloriosas que nunca veremos".

"¿Por qué no tenemos almas inmortales?" preguntó la Sirenita,

con tristeza. "Con mucho gusto daría todos los cientos de años que me quedan por vivir, por ser un ser humano solo por un día y tener la esperanza de conocer la felicidad de ese glorioso mundo sobre las estrellas".

"No debes pensar eso", dijo la anciana. "Creemos que somos mucho más felices y mucho mejores que los seres humanos".

"Entonces moriré", dijo la Sirenita, "y como la espuma del mar seré arrastrada, para nunca más oír la música de las olas o para ver las hermosas flores o el sol rojo? ¿Hay algo que pueda hacer para ganar un

alma inmortal?"

"No", dijo la anciana; "A menos que un hombre te ame tanto que seas para él más que su padre o su madre, y si todos sus pensamientos y todo su amor estuvieran puestos en ti, y el sacerdote pusiera su mano derecha en la tuya, y prometiera ser fiel a ti aquí y en el más allá, entonces su alma se deslizaría dentro de tu cuerpo, y tú obtendrías una parte de la felicidad futura de la humanidad. Él te daría un alma y retendría la suya también; pero esto nunca puede suceder. Tu cola de pez, que entre nosotros se tiene por tan hermosa, en la tierra se

piensa que es muy fea. No saben más allá de lo que conocen, y creen que es necesario, para ser hermoso, tener dos puntales robustos, que llaman piernas."

Entonces la Sirenita suspiró y miró con tristeza su cola de pez. "Seamos felices", dijo la anciana, "y corramos y saltemos durante los trescientos años que nos quedan de vida, que es bastante tiempo. Después de eso, podremos descansar mejor. Esta noche habrá una gran gala en el palacio."

Era una de esas vistas espléndidas que nunca podemos ver en la tierra. Las paredes y el techo del

gran salón de baile eran de cristal grueso pero transparente. Muchos cientos de conchas colosales, algunas de un rojo intenso, otras de un verde hierba, con fuego azul en ellos, estaban en filas a cada lado. Estas iluminaban todo el salón y brillaban a través de las paredes para que el mar también se iluminara. Innumerables peces, grandes y pequeños, nadaban más allá de las paredes de cristal; en algunos de ellos las escamas resplandecían con un brillo púrpura, y en otros brillaban como plata y oro. A través de los salones fluía un ancho arroyo, y en él bailaban los tritones y las sirenas al son de la música de su propio

dulce canto.

Nadie en la tierra tiene voces tan hermosas como ellas, pero la Sirenita cantaba más dulce que todas. Toda la corte la aplaudió con manos y colas, y por un momento su corazón se sintió muy alegre, porque sabía que tenía la voz más dulce en la tierra o en el mar. Pero pronto volvió a pensar en el mundo que había arriba; no podía olvidar al príncipe encantador, ni su pena por no tener un alma inmortal como la de él. Se deslizó en silencio fuera del palacio de su padre, y mientras todo dentro era alegría y canciones, se sentó en su pequeño jardín, afligida y sola.

Entonces oyó sonar la corneta a través del agua y pensó: "Ciertamente navega arriba, aquel en quien se centran mis deseos y en cuyas manos quisiera poner la felicidad de mi vida. Lo arriesgaré todo por él y para ganar un alma inmortal. Mientras mis hermanas bailan en el palacio de mi padre iré a la bruja del mar, de quien siempre he tenido tanto miedo; ella puede darme consejo y ayuda."

Entonces la Sirenita salió de su jardín y tomó el camino hacia los remolinos espumosos, detrás de los cuales vivía la hechicera. Ella nunca había estado allí antes. Allí no crecían flores ni hierba; nada

más que suelo desnudo, gris y arenoso se extendía hasta el remolino, donde el agua, como ruedas de molino espumosas, se apoderaba de todo lo que estaba a su alcance y lo arrojaba a las profundidades insondables. En medio de estos aplastantes remolinos, la Sirenita se vio obligada a pasar antes de poder llegar a los dominios de la bruja del mar. Luego, durante una larga distancia, el camino discurría a través de un tramo de lodo cálido y burbujeante, llamado por la bruja su páramo turbio.

Más allá estaba la casa de la bruja, que se alzaba en el centro de un

extraño bosque, donde todos los árboles y flores eran pólipos, mitad animales y mitad plantas. Parecían serpientes con cien cabezas, saliendo de la tierra. Las ramas eran brazos largos y viscosos, con dedos como gusanos flexibles, moviéndose miembro tras miembro desde la raíz hasta la parte superior. Todo lo que se podía alcanzar en el mar lo agarraron y lo sujetaron, para que nunca se escapara de sus garras.

La Sirenita estaba tan alarmada por lo que vio que se quedó quieta y su corazón latía con miedo. Estuvo a punto de volverse atrás, pero pensó en el príncipe y en el alma

humana que tanto anhelaba, y recobró el valor. Se ató la larga cabellera suelta alrededor de la cabeza para que los pólipos no se apoderaran de ella. Cruzó las manos sobre el pecho y luego se precipitó hacia delante como un pez se lanza a través del agua, entre los brazos flexibles y los dedos de los feos pólipos, que estaban estirados a cada lado de ella. Vio que todos tenían en sus manos algo que habían agarrado con sus numerosos bracitos, que eran tan fuertes como bandas de hierro. Fuertemente agarrados en sus brazos aferrados estaban los esqueletos blancos de seres humanos que habían perecido en

el mar y se habían hundido en las aguas profundas; esqueletos de animales terrestres; y remos, timones y cofres de barcos. Incluso había una Sirenita a la que habían atrapado y estrangulado, y esto le pareció lo más impactante de todo a la princesita.

Ahora llegó a un espacio de terreno pantanoso en el bosque, donde grandes y gordas serpientes de agua se revolcaban en el fango y mostraban sus feos cuerpos de color monótono. En medio de este lugar había una casa, construida con los huesos de seres humanos náufragos. Allí estaba sentada la bruja del mar, permitiendo que un

sapo comiera de su boca tal como la gente a veces alimenta a un canario con trozos de azúcar. Llamó a las feas serpientes de agua sus pollitos y permitió que se arrastraran por todo su pecho.

"Sé lo que quieres", dijo la bruja del mar. "Es muy estúpido de tu parte, pero te saldrás con la tuya, aunque te traerá pena, mi bella princesa. Quieres deshacerte de tu cola de pez y tener dos soportes en su lugar, como seres humanos en tierra, para que el joven príncipe se enamore de ti y para que tengas un alma inmortal". Y entonces la bruja se rió tan fuerte y tan asquerosamente que el sapo y las

serpientes cayeron al suelo y se retorcieron.

"Llegas justo a tiempo", dijo la bruja, "porque después del amanecer de mañana no podré ayudarte hasta el final de otro año. Te prepararé una pócima, con la cual deberás nadar hasta la tierra mañana antes del amanecer, siéntate allí y bébelo, entonces tu cola desaparecerá y se convertirá en lo que los hombres llaman piernas.

"Sentirás un gran dolor, como si te atravesara una espada. Pero todos los que te vean dirán que eres el ser humano más hermoso que

jamás hayan visto. Seguirás teniendo la misma gracia flotante de movimiento, y ningún bailarín será tan grácil ni de pisadas tan ligeras. Sin embargo, cada paso que des será como si estuvieras pisando cuchillos afilados, como si la sangre estuviese a punto de fluir. Si soportas todo esto, te ayudaré.“

"Sí, lo haré", dijo la princesita con voz temblorosa, mientras pensaba en el príncipe y el alma inmortal.

"Pero piénsalo de nuevo", dijo la bruja, "porque una vez que tu forma se haya vuelto como un ser humano, ya no podrás volver a ser una sirena. Nunca volverás a través

del agua a tus hermanas o al palacio de tu padre otra vez. Y si no te ganas el amor del príncipe, de modo que él está dispuesto a olvidar a su padre y a su madre por ti y amarte con toda su alma y permitir que el sacerdote junte sus manos para que puedan ser marido y mujer, entonces tú nunca tendrás un alma inmortal. La primera mañana después de que se case con otra, tu corazón se romperá y te convertirás en espuma en la cresta de las olas".

"Lo haré", dijo la Sirenita, y se puso pálida como la muerte.

-Pero a mí también hay que

pagarme -dijo la bruja-, y no es poca cosa lo que te pido. Tienes la voz más dulce de cuantos habitan aquí en el fondo del mar, y crees que podrás hechizar al príncipe con ella. Pero esta voz debes darme. Lo mejor que poseas lo tendré como el precio de mi costosa pócima, que debo mezclar con mi propia sangre para que pueda ser tan aguda como un arma de doble filo."

"Pero si me quitas la voz", dijo la Sirenita, "¿qué me queda?"

"Tu hermosa figura, tu andar grácil y tus ojos expresivos. Seguro que con estos puedes encadenar el

corazón de un hombre. Bueno, ¿has perdido el valor? Saca tu lengua, que yo la cortaré como mi pago; entonces tú tendrá la potente pócima".

"Así será", dijo la Sirenita.

Entonces la bruja colocó su caldero en el fuego para preparar el brebaje mágico.

"La limpieza es algo bueno", dijo ella, fregando la vasija con serpientes que había atado en un gran nudo. Luego se pinchó en el pecho y dejó caer una gota de sangre negra en el caldero. El vapor que se elevó se retorció en

formas tan horribles que nadie podía mirarlas sin miedo. A cada momento la bruja echaba un nuevo ingrediente en el recipiente, y cuando empezaba a hervir, el sonido era como el llanto de un cocodrilo. Cuando por fin estuvo lista la bebida mágica, parecía el agua más clara.

"Ahí está para ti", dijo la bruja. Luego le cortó la lengua a la sirena, para que nunca más hablara ni cantara. -Si los pólipos te agarran cuando regresas por el bosque -dijo la bruja-, échales unas gotas de la poción, y sus dedos se romperán en mil pedazos. Pero la Sirenita no tuvo ocasión de hacer esto, porque

los pólipos retrocedieron aterrorizados cuando vieron la pócima resplandeciente que brillaba en su mano como una estrella titilante.

Así que pasó rápidamente a través del bosque y el pantano y entre los remolinos que se precipitaban. Vio que en el palacio de su padre las antorchas del salón de baile estaban apagadas y que todos dentro dormían. Pero no se atrevió a entrar con ellos, porque ahora que estaba muda y que iba a dejarlos para siempre sintió como si se le partiera el corazón. Se coló en el jardín, tomó una flor de los jardines de cada una de sus

hermanas, besó su mano hacia el palacio mil veces y luego se elevó a través de las oscuras aguas azules.

El sol no había salido cuando vio el palacio del príncipe y se acercó a los hermosos escalones de mármol, pero la luna brillaba clara y brillante. Entonces la Sirenita bebió la poción mágica , y pareció como si una espada de dos filos atravesara su delicado cuerpo. Se desmayó y yació como muerta. Cuando salió el sol y brilló sobre el mar, se recuperó y sintió un dolor agudo, pero ante ella estaba el apuesto joven príncipe.

Fijó sus ojos negros como el

carbón en ella con tanta seriedad que ella bajó los suyos y luego se dio cuenta de que su cola de pez había desaparecido y que tenía un par de piernas blancas y pies diminutos tan bonitos como los de cualquier doncella. Pero no tenía ropa, así que se envolvió en su cabello largo y espeso. El príncipe le preguntó quién era y de dónde venía. Ella lo miró dulce y tristemente con sus profundos ojos azules, pero no pudo hablar. La tomó de la mano y la condujo al palacio.

Ante ella estaba el apuesto joven príncipe… Cada paso que dio fue como la bruja había dicho que

sería; se sentía como si estuviera pisando las puntas de agujas o cuchillos afilados. Sin embargo, lo soportó de buena gana y se movió al lado del príncipe con la ligereza de una burbuja, de modo que él y todos los que la vieron se maravillaron de sus movimientos gráciles y oscilantes. Muy pronto se vistió con costosas túnicas de seda y muselina y era la criatura más hermosa del palacio; pero ella era muda y no podía hablar ni cantar.

Hermosas esclavas, vestidas de seda y oro, se adelantaron y cantaron ante el príncipe y sus padres reales. Una cantó mejor que

todas los demás, y el príncipe aplaudió y le sonrió. Esto fue un gran dolor para la Sirenita, porque sabía cuánto más dulcemente ella misma podía cantar una vez, y pensó: "¡Oh, si él pudiera saber que he regalado mi voz para siempre, para estar con él!"

A continuación, las esclavas realizaron algunos hermosos bailes de hadas, al son de una hermosa música. Entonces la Sirenita levantó sus hermosos brazos blancos, se puso de puntillas, se deslizó por el suelo y bailó como nadie había podido bailar. A cada momento se revelaba más su belleza, y sus expresivos ojos

atraían más directamente al corazón que los cantos de las esclavas. Todos quedaron encantados, especialmente el príncipe, que la llamó su pequeña expósita. Ella volvió a bailar con bastante facilidad, para complacerlo, aunque cada vez que su pie tocaba el suelo sentía como si pisara cuchillos afilados.

El príncipe dijo que ella debería permanecer siempre con él y le dio permiso para dormir en su puerta, sobre un cojín de terciopelo. Hizo que le hicieran un vestido de paje, para que lo acompañara a caballo. Cabalgaron juntos por los bosques perfumados, donde las ramas

verdes tocaban sus hombros y los pajaritos cantaban entre las hojas frescas. Ella subió con él a las cimas de las altas montañas, y aunque sus tiernos pies sangraban de tal manera que incluso sus pasos estaban marcados, ella solo sonrió y lo siguió hasta que pudieron ver las nubes debajo de ellos como una bandada de pájaros volando a tierras lejanas. Mientras estaba en el palacio del príncipe, y cuando todo el palacio dormía, ella iba y se sentaba en los anchos escalones de mármol, porque bañarlos en el agua fría del mar aliviaba sus pies ardientes. Fue entonces cuando pensó en todos los que estaban abajo en las

profundidades.

Una vez, durante la noche, sus hermanas se acercaron cogidas de brazos, cantando tristemente mientras flotaban en el agua. Ella les hizo señas, y ellos la reconocieron y le dijeron cómo los había afligido; después de eso, venían al mismo lugar todas las noches. Una vez vio a lo lejos a su anciana abuela, que hacía muchos años que no salía a la superficie del mar, y al anciano Rey del Mar, su padre, con su corona en la cabeza. Extendieron sus manos hacia ella, pero no se aventuraron tan cerca de la tierra como lo habían hecho sus hermanas.

A medida que pasaban los días, amaba más al príncipe, y él la amaba como se ama a una niña pequeña. Nunca se le ocurrió la idea de hacerla su esposa. Sin embargo, a menos que él se casara con ella, ella no podría recibir un alma inmortal, y en la mañana siguiente a su matrimonio con otra, se disolvería en espuma del mar.

"¿No me amas más que los demás?" parecían decir los ojos de la Sirenita cuando él la tomó en sus brazos y besó su frente.

"Sí, te aprecio mucho", dijo el

príncipe, "porque tienes el mejor corazón y eres la más devota de mí. Eres como una joven doncella a quien vi una vez, pero a quien nunca volveré a ver. Yo iba en un barco que naufragó, y las olas me arrojaron a tierra cerca de un templo santo donde varias doncellas hacían el servicio. La más joven de ellas me encontró en la orilla y me salvó la vida. La vi solo dos veces, y ella es la única en el mundo a quien podría amar. Pero tú eres como ella, y casi has borrado su imagen de mi mente. Ella pertenece al templo sagrado, y la buena fortuna te ha enviado a mí en su lugar, nunca nos separaremos."

"Ah, él no sabe que fui yo quien le salvó la vida", pensó la Sirenita. "Lo llevé sobre el mar hasta el bosque donde se encuentra el templo; me senté debajo de la espuma y observé hasta que los seres humanos vinieron a ayudarlo. Vi a la hermosa doncella que él ama más que a mí". La sirena suspiró profundamente, pero no pudo llorar. "Él dice que la doncella pertenece al templo sagrado, por lo tanto, ella nunca volverá al mundo, no se encontrarán más. Estoy a su lado y lo veo todos los días. Lo cuidaré, lo amaré y daré mi vida por él".

Muy pronto se dijo que el príncipe se casaría y que la hermosa hija de un rey vecino sería su esposa, pues se estaba aparejando un hermoso barco. Aunque el príncipe manifestó que sólo tenía la intención de hacer una visita al rey, en general se suponía que iba a cortejar a la princesa. Una gran compañía debería ir con él. La Sirenita sonrió y sacudió la cabeza. Conocía los pensamientos del príncipe mejor que cualquiera de los demás.

«Debo viajar», le había dicho; "Debo ver a esta hermosa princesa. Mis padres lo desean, pero no me obligarán a traerla a casa como mi

novia. No puedo amarla, porque ella no es como la hermosa doncella en el templo, a quien te pareces. Si me viera obligado a elegir una novia, te elegiría a ti, mi mudo expósito, con esos ojos expresivos". Luego besó sus labios rosados, jugó con su cabello largo y ondulado y apoyó la cabeza en su corazón, mientras ella soñaba con la felicidad humana y un alma inmortal.

"No le tienes miedo al mar, mi niña tontita, ¿verdad?" dijo, mientras estaban en la cubierta del noble barco que los llevaría al país del rey vecino. Luego le habló de la tormenta y de la calma, de los

extraños peces en las profundidades debajo de ellos, y de lo que los buceadores habían visto allí. Ella sonrió ante sus descripciones, porque sabía mejor que nadie qué maravillas había en el fondo del mar.

En la noche de luna llena, cuando todos a bordo dormían excepto el hombre al timón, ella se sentó en la cubierta, mirando hacia abajo a través del agua clara. Creyó distinguir el castillo de su padre, y sobre él a su anciana abuela, con la corona de plata en la cabeza, mirando a través de la marea la quilla del barco. Entonces sus hermanas subieron sobre las olas y

la miraron con tristeza, retorciéndose las manos blancas. Ella les hizo señas y sonrió, y quería decirles lo feliz y bien que estaba. Pero el mozo del camarote se acercó, y cuando sus hermanas se sumergieron, pensó que lo que veía era solo la espuma del mar.

A la mañana siguiente, el barco zarpó hacia el puerto de una hermosa ciudad perteneciente al rey a quien el príncipe iba a visitar. Las campanas de la iglesia repicaban, y desde las altas torres sonaba un floreo de trompetas. Soldados, con banderas voladoras y bayonetas relucientes, se alineaban en los caminos por los que

pasaban. Cada día era una fiesta, bailes y espectáculos se sucedían. Pero la princesa aún no había aparecido. La gente decía que había sido criada y educada en una casa religiosa, donde estaba aprendiendo todas las virtudes reales.

Por fin ella vino. Entonces la Sirenita, que estaba ansiosa por ver si era realmente hermosa, se vio obligada a admitir que nunca había visto una visión más perfecta de la belleza. Su piel era delicadamente clara, y bajo sus largas y oscuras pestañas, sus risueños ojos azules brillaban con verdad y pureza.

"Fuiste tú", dijo el príncipe, "quien me salvó la vida cuando yacía moribundo en la playa", y estrechó a su ruborizada novia en sus brazos.

"¡Oh, estoy demasiado feliz!" le dijo a la Sirenita; "Mis más preciadas esperanzas ahora se han cumplido. Te regocijarás con mi felicidad, porque tu devoción por mí es grande y sincera".

La Sirenita besó su mano y sintió como si su corazón ya estuviera roto. Su mañana de bodas le traería la muerte, y ella se convertiría en la espuma del mar.

Todas las campanas de las iglesias sonaron, y los heraldos cabalgaron por el pueblo proclamando los esponsales. Se quemaba aceite perfumado en costosas lámparas de plata en cada altar. Los sacerdotes agitaban los incensarios, mientras la novia y el novio unían sus manos y recibían la bendición del obispo. La Sirenita, vestida de seda y oro, sostenía la cola de la novia; pero sus oídos no oyeron nada de la música festiva, y sus ojos no vieron la santa ceremonia. Pensó en la noche de la muerte que se avecinaba y en todo lo que había perdido en el mundo.

En la misma tarde, la novia y el novio subieron a bordo del barco. Los cañones rugían, las banderas ondeaban y en el centro del barco se había erigido una costosa tienda de color púrpura y dorado. Contenía elegantes sofás para dormir para la pareja nupcial durante la noche. El barco, bajo un viento favorable, con las velas hinchadas, se deslizó suave y ligero sobre el mar en calma.

Cuando oscureció, se encendieron varias lámparas de colores y los marineros bailaron alegremente en la cubierta. La Sirenita no pudo evitar pensar en su primera salida del mar, cuando había visto

semejantes festividades alegres, así que ella también se unió a la danza, se balanceó en el aire como una golondrina cuando persigue a su presa, y todos los presentes la vitorearon con asombro. Nunca antes había bailado con tanta gracia. Sus tiernos pies se sentían como cortados con cuchillos afilados, pero no le importaba el dolor; una punzada más aguda le había atravesado el corazón.

Sabía que esta era la última noche que vería al príncipe por quien había abandonado a su familia y su hogar. Ella había renunciado a su hermosa voz y sufrido un dolor inaudito todos los días por él,

mientras él no sabía nada de eso. Esta fue la última noche que ella debería respirar el mismo aire con él o contemplar el cielo estrellado y el mar profundo. Una noche eterna, sin un pensamiento o un sueño, la esperaba. No tenía alma, y ahora nunca podría conseguir una.

Todo fue alegría y júbilo en el barco hasta bien pasada la medianoche. Ella sonrió y bailó con los demás, mientras el pensamiento de la muerte estaba en su corazón. El príncipe besó a su hermosa novia y ella jugó con su cabello negro hasta que fueron tomados del brazo para descansar

en la suntuosa tienda. Entonces todo quedó en silencio a bordo del barco, y sólo el capitán, que estaba de pie al timón, estaba despierto. La Sirenita apoyó sus blancos brazos en el borde del barco y miró hacia el oriente en busca de los primeros sonrojos de la mañana, de ese primer rayo de la aurora que había de ser su muerte. Vio a sus hermanas saliendo del agua. Estaban tan pálidas como ella, pero sus hermosas cabelleras ya no se agitaban con el viento; habían sido cortadas.

"Le hemos dado nuestro cabello a la bruja", dijeron, "para obtener ayuda para ti, para que no mueras

esta noche. Ella nos ha dado un cuchillo; mira, está muy afilado. Antes de que salga el sol debes hundirlo en el corazón del príncipe. Cuando la sangre caliente caiga sobre tus pies, crecerán juntos de nuevo en la cola de un pez, y volverás a ser una sirena y podrás regresar a nosotros para vivir tus trescientos años antes de transformarte en la espuma del mar salado. Date prisa, entonces; o él o tú deben morir antes del amanecer. Nuestra anciana abuela llora tanto por ti que sus cabellos blancos se caen, como el nuestro cayó bajo las tijeras de la bruja. Mata al príncipe y regresa. ¡Date prisa! ¿No ves los primeros rayos

rojos en el cielo? En unos minutos saldrá el sol y morirás.

Suspiraron profunda y tristemente, y se hundieron bajo las olas.

La Sirenita descorrió la cortina carmesí de la tienda y vio a la bella novia, cuya cabeza descansaba sobre el pecho del príncipe. Se inclinó y besó su frente noble, luego miró al cielo, en el que el amanecer rosado se hacía más y más brillante. Miró el cuchillo afilado y nuevamente fijó sus ojos en el príncipe, quien susurró el nombre de su novia en sueños.

Ella estaba en sus pensamientos, y

el cuchillo tembló en la mano de la Sirenita, pero ella lo arrojó lejos de ella a las olas. El agua se volvió rojo donde aterrizó, y las gotas que brotaron parecían sangre. Lanzó una mirada más prolongada, medio desmayada, al príncipe, luego se arrojó desde el barco al mar y sintió que su cuerpo se deshacía en espuma.

El sol salió por encima de las olas, y sus cálidos rayos caían sobre la fría espuma de la Sirenita, que no se sentía morir. Vio el sol brillante y cientos de hermosas criaturas transparentes flotando a su alrededor; podía ver a través de ellas las velas blancas de los barcos

y las nubes rojas en el cielo. Su voz era melodiosa, pero no podía ser escuchada por oídos mortales, así como sus cuerpos no podían ser vistos por ojos mortales. La Sirenita percibió que tenía un cuerpo como el de ellos y que seguía subiendo más y más alto de la espuma. "¿Dónde estoy?" preguntó ella, y su voz sonó etérea, como las voces de los que estaban con ella. Ninguna música terrenal podría imitarlo.

"Entre las hijas del aire", respondió una de ellas. "Una sirena no tiene un alma inmortal, ni puede obtenerla a menos que gane el amor de un ser humano. De la

voluntad de otro pende su destino eterno. Pero las hijas del aire, aunque no poseen un alma inmortal, pueden, por sus buenas obras, procurarse una para sí mismas. Volamos a países cálidos y refrescamos el aire sofocante que destruye a la humanidad con la pestilencia. Llevamos el perfume de las flores para esparcir salud y restauración.

"Después de habernos esforzado durante trescientos años para hacer todo el bien a nuestro alcance, recibimos un alma inmortal y participamos en la felicidad de la humanidad. Tú, pobre Sirenita, has tratado con

todo tu corazón de hacer lo que estamos haciendo. Has sufrido y soportado, y te has elevado al mundo de los espíritus por tus buenas obras, y ahora, esforzándote durante trescientos años de la misma manera, puedes obtener un alma inmortal".

La Sirenita levantó sus ojos glorificados hacia el sol y, por primera vez, los sintió llenarse de lágrimas.

En el barco en el que había dejado al príncipe había vida y ruido, y vio que él y su bella novia la buscaban. Miraron con tristeza la espuma nacarada, como si supieran que se

había arrojado a las olas. Sin ser vista, besó la frente de la novia y abanicó al príncipe, y luego subió con las otras niñas del aire a una nube rosada que flotaba arriba.

"Después de trescientos años, así flotaremos hacia el reino de los cielos", dijo ella. "Y es posible que lleguemos antes", susurró una de sus compañeras. "Podemos entrar sin ser vistas en las casas de los hombres donde hay niños, y por cada día en que encontramos un niño bueno que es la alegría de sus padres y merece su amor, nuestro tiempo de prueba se acorta. La criatura no sabe cuando volamos por la habitación, que sonreímos

con alegría por su buena conducta, porque podemos contar un año menos de nuestros trescientos años, pero cuando vemos a un niño travieso o malvado, derramamos lágrimas de tristeza, y porque cada lágrima se añade un día a nuestro tiempo de prueba".

Fin